

nuestra veneración y nuestro amor hagan subir incesantemente hacia María, uniremos á cada instante nuestros actos y nuestros votos á aquellos con que Señor San José rodeaba continuamente á la Virgen Madre, y la suplicaremos muy humildemente, que tenga por agradables estos pobres testimonios de amor que sentimos por Ella, en consideración de los grandes méritos de José su casto Esposo. El piadoso Patriarca tomará él mismo entre sus manos todas las glorificaciones diversas que presentamos á la augusta María. Él corregirá nuestras imperfecciones y nuestras faltas; y hará mejor y mas perfecto lo que tal vez podamos ofrecer de menos indigno: luego, juntando á nuestras pobreza los grandes tesoros que él sacará de su alma tan amante, presentará todos estos homenajes á María Madre de Jesús, á fin de que, por Jesucristo y por María, lleguemos á glorificar dignamente para siempre á Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

CAPITULO XII.

De cómo el glorioso Señor San José es Patrón de la devoción á Jesucristo.

SERÁ posible que nuestro grande amor para con Señor San José nos arrastre fuera de la verdad, para arrojarnos en conclusiones exageradas?

Dios nos preserve siempre de una devoción tan desgraciada. Lo confesamos voluntariamente, no es á Señor San José á quien pertenece *principalmente* el introducirnos en la intimidad de Jesucristo; no es él *principalmente* quien debe enseñarnos á amar y á servir á este buen Señor. Todas estas augustas funciones están reservadas *principalmente* á María, la gran *Introdutora*, encargada por Dios Padre de hacernos llegar felizmente á Jesucristo Señor nuestro.

Desde el día de la visita del Arcangel, María no se separa de Jesús, fruto bendito de sus entrañas. Fué la primera que tuvo la dicha de adorar en silencio al Dios Altísimo que tomó carne en su seno, y que vivió durante nueve meses en este purísimo tabernáculo. Como una sierva devotísima, como una ma-

dre vigilante y como una esposa fiel, María tiene cuidado siempre de unirse estrechamente á Jesucristo tanto en Belén y en Egipto como en Nazaret y en el Calvario. La resurrección del Señor no puede romper esta alianza; y la dichosa Madre, mas favorecida que los discípulos, recibe sola, como conviene, las frecuentes visitas de su Hijo, que sólo se da á las adoraciones de sus fieles. (1) Desde la visita del Arcángel, la bienaventurada María repite sin cesar consigo misma, estas palabras de los Cánticos: *Tenui eum; nec dimittam*, (2) hasta el día en que Jesucristo deja la tierra para subir al cielo y sentarse á la diestra de Dios.

Ningún Santo, ni aun nuestro José, puede regocijarse de una intimidad tan constante.

Véamos por ejemplo á Simeón, el Santo anciano cuya vida nos traza la Escritura en pocas palabras. (3) Simeón, este tipo cumplido del israelita fiel, era un hombre *justo y lleno*

(1) Esto es lo que refiere María Agreda, en la *Mística Ciudad*.

(2) Cant., III.

(3) Et ecce homo erat in Jerusalem cui nomen Simeon, et homo iste justus et timoratus, spectans consolationem Israel, et Spiritus Sanctus erat in eo. (Luc., II).

de temor de Dios. *El Espíritu Santo habitaba en su alma*; así es que enteramente despegado de todos los bienes terrenos, Simeón no tenía mas que un deseo: el de ver aparecer al Mesías, la esperanza y el *consuelo del pueblo judío*. ¿Cuál será la recompensa de tantas virtudes tan singulares? Simeón recibirá en sus brazos por un instante, al Niño bendito que destruye los pecados del mundo: y satisfecho con este favor admirable, cantará el célebre Cántico, cuyas palabras se complace la Iglesia en repetir, cuando al fin del día nos invita á pensar en nuestra muerte. Es verdad que el santo anciano fué grandemente amado del Señor, puesto que obtuvo una gracia que tantos santos han deseado y que casi ninguno ha recibido. Mas sin embargo ¿qué viene á ser el favor concedido á Simeón, si lo comparamos con los favores concedidos durante tantos años á la Madre de Jesús?

Véamos también á San Juan Bautista, este ilustre Precursor, á quien el mismo Jesucristo ha llamado *más que Profeta*; (1) este *amigo del Esposo*, que se regocija con tanta humildad asistiendo á la manifestación de su Maestro. Este gran santo no es admitido en la

(1) Matth., XI.

intimidad de Jesús, á pesar de sus méritos y de sus virtudes. Santificado desde antes de su nacimiento por la visitación de María, vivió en seguida lejos de Jesucristo en los desiertos, hasta el día de su aparición en Israel.

(1) Cuando fué llegada esta hora, apenas se acerca algunos momentos á Jesús, para conferirle el bautismo: apenas contemplaba con sus ojos á Aquel á quien estaba encargado *de anunciar sin conocerlo*; (2) y ya el Salvador se alejaba para no volver á ver á su Precursor. ¿Qué son, pues las gracias de Juan Bautista en comparación de las gracias concedidas á María que sin cesar vió al Señor á su lado y se alimentó de su presencia?

¿Hablaemos de Magdalena, de esa amante apasionada? Vémosla sentada á los piés del Señor para escuchar sus doctrinas celestiales. (3) Vémosla en la casa del fariseo, derramando preciosos perfumes sobre los piés de Jesús que no cesa de cubrir con sus besos. (4) La vemos en pié cerca de la cruz en la que

(1) *Erat in desertis, usque in diem ostensionis suae ad Israel.* (Luc., I).

(2) *Et ego nesciebam eum; sed ut manifestetur in Israel propterea veni ego in aqua baptizans.* (Joan., I)

(3) Luc., X.

(4) Luc., VII.

el Señor va á morir por la salvación de todos los hombres (1) Mas estos favores, aunque muy grandes, no pueden compararse á los favores concedidos á María. Después de una corta sociedad de dos ó tres años, Jesucristo se prepara á subir al cielo *hacia á su Padre y nuestro Padre*; (2) y cuando Magdalena apasionada se le acerca como para manifestarle su ternura, responde Jesús: *Noli me tangere!* (3) «¡No me toqueis!» ¡Ah! sin duda que para su Madre tenía otras palabras; y cuando la visitaba, la primera, (4) después de su Resurrección, no se ocultaba á los testimonios sagrados que su amor no podía dejar de dictarle.

En fin, ¿diremos una palabra de San Juan Evangelista, este Apóstol privilegiado, que se llama á sí mismo: *el discípulo á quien Jesús amaba?* (5) ¿Recordaremos la gracia que recibió en la última cena, cuando el Divino

(1) Joan., XIX.

(2) Joan., XX.

(3) Joan., XX.

(4) Es una opinión generalmente establecida, que nuestro Señor apareció á su Santísima Madre en primer lugar, como era muy conveniente á lo que parece La Iglesia parece apoyar esta opinión, poniendo en Santa María la Mayor la *Estación* del día de Pascua.

(5) Joan., XIII y XXI.

Maestro próximo á dejar á los que amó hasta el fin, se dignó admitir á Juan, el muy amado, á que descansara un poco de tiempo sobre su pecho? Mas San Juan, así como Santiago y los demás Apóstoles, y aun el mismo San Pedro, el Jefe de todo el sacro colegio, San Juan Evangelista no vivió al lado de Jesucristo antes de los tiempos de su predicación pública; y muy pocos días trascurridos rápidamente, le condujeron del lago de Genezaret á la Ascensión triunfante que ocultó al Señor á los homenajes de los Apóstoles. ¿Cómo pues, podríamos comparar al discípulo á quien Jesús amaba, con María siempre mezclada íntimamente á toda la vida de Jesucristo nuestro Señor?

Podemos pues, afirmar que si queremos ser introducidos cerca de Jesús, si tenemos necesidad, como es seguro, de un protector y de un guía para aproximarnos mas favorablemente á su Persona, este papel debe pertenecer *principalmente* y antes de todos los santos á la Virgen María, á esta compañera asidua de la concepción, del nacimiento, de la vida, de la muerte y de la resurrección de Jesucristo. María no ha cesado nunca de prodigar á Jesús todos los homenajes que convenían á su Majestad suprema: Ella será pues,

siempre por una consecuencia necesaria, la gran Patrona de la devoción á Jesús, y la gran Maestra cuyas benévolas lecciones nos enseñarán á respetar, á amar y á servir a Jesucristo como conviene.

Mas ¿diremos acaso entonces, que Señor San José nos es *como inútil* para el cumplimiento de estos deberes á los cuales debemos consagrarnos todos los días de nuestra vida? ¡Dios nos libre! porque no tenemos intención de borrar el *título* que hemos escrito al comenzar este capítulo. Después de haber satisfecho á lo que exigía de nosotros la suprema dignidad de María, tenemos la intención de mostrar que el glorioso Señor San José es verdaderamente *el Patrón de la devoción á Jesucristo*.

Para comprender mejor esta verdad tan necesaria, consideremos que María no *absorve* Ella sola todos los homenajes de que á Jesucristo le place rodearse. Es verdad que María es el *principal* personaje de ese séquito que se agrupa con amor desde Belén hasta el Calvario, rodeando al Hijo de Dios de glorificaciones y alabanzas. Mas sin embargo, á su lado y bajo su dirección, ¡cuántos cortesanos hay que vienen á honrar al Rey de gloria! Gabriel y todos los Angeles, José, Ana,

Simeón, Isabel, Juan Bautista, Pedro, los Apóstoles, los Discípulos, Nicodemus, José de Arimatea, Magdalena y las santas mujeres, Simón Cireneo, el buen Ladrón, el Centurión y otros muchos. ¡Qué multitud de servidores y de amigos, sin hablar de todos aquellos cuyos nombres, escritos en el libro de la vida, no han sido manifestados para nosotros en los sagrados Evangelios!

Mas ¿diremos que este gran número de adoradores y de fieles parece disminuir los méritos y la gloria de María, asociando á sus homenajes otros homenajes, como si Jesucristo no tuviese los suyos por bastante numerosos ó bastante grandes? ¡Léjos de nosotros esta doctrina! De la Virgen sin mancha es de quien todos estos adoradores subalternos reciben su fervor, su amor, y todas las demás disposiciones piadosas que sienten en su corazón. María, como su Hijo, el Verbo Encarnado, está *llena de gracia y de verdad*: (1) *De su plenitud es de donde recibimos todas las cosas*. (2) En el orden sobrenatural de la gracia, *todas las cosas han sido hechas por Ella, y nada de lo que*

(1) *Vidimus gloriam ejus (Christi. . . . plenum gratiæ et veritatis. (Joan., I).*

(2) *Et de plenitudine ejus (Christi) omnes nos accepimus. (Joan., I).*

ha sido hecho, ha sido hecho sin Ella, (1) y no podemos nada sin su socorro. Todas las virtudes de los santos son como una derivación, ó como una irradiación de su gracia; mientras más se multiplican á su alderredor, más dan testimonio de su poder y de su eminente perfección.

La marcha de nuestra devoción á Jesús, debe arreglarse sobre estas verdades fundamentales. Es verdad que á fin de llegar hasta la Persona adorable del Señor, á fin de honrarle con los homenajes que le agraden, debemos dirigirnos á María que es la que puede darnos las disposiciones que nos faltan. Mas no obstante, á pesar de esta confianza universal que le manifestaremos sin cesar, no debemos desdeñarnos de tomar por introductores para con Jesús á todos los santos que mas se han aproximado á su Persona para amarle y honrarle. Dios Padre ha querido juntar á los homenajes de María para con Jesús, los homenajes de los Santos, que Ella ha hecho nacer en sus almas por su acción dulce y poderosa; tratemos á su ejemplo de escoger por apoyos

(1) *Sine ipso (Verbo) factum est nihil quod factum est. (Joan., I).* En otra parte hemos establecido esta doctrina, que recordamos aquí solo de paso.

y por guías esos amigos privilegiados de nuestro Maestro: en esto no haremos ninguna injuria á María; pues siempre Ella es quien guiará nuestra ignorancia y quien inflamará nuestra tibieza. Los santos serán como el *canal*, que derramará sobre nosotros sus preciosísimos favores; y cuando nos inclináremos ante ellos, su mano es la que nos conducirá.

Ahora bien: entre todos los santos cuya protección debe ayudarnos á hacer grandes progresos en el amor de Jesucristo, ¿hay uno solo que podamos, ni aun de léjos, poner en comparación con José? ¿Hay uno solo entre los otros que se haya acercado tan largo tiempo y tan familiarmente al Salvador, y que por consiguiente posea tantos derechos para hacernos llegar fácilmente y con seguridad á su presencia? Ved a San Simeón, San Juan Bautista, Santa María Magdalena, San Juan Evangelista, y todos los demás cuyas historias nos refieren los Evangelios: aparecen al lado de Jesucristo, por algunos instantes ó algunos días, ó á lo mas por un corto número de años; y bien pronto el dolor de la separación viene á romper esta intimidad tan deseable. ¡Cuán to mas durables son los favores de José! Y ¿cuál otro de los amigos de Dios puede gloriarse de haber pasado como él treinta años,

treinta largos años, en la intimidad de Jesucristo?

La mayor parte de los santos no están solos ordinariamente en esos momentos, ó en esos días felices que los aproximan á Aquel á quien adoran. Siempre, ó por lo menos casi siempre, la presencia de muchos testigos parece disminuir su felicidad, impidiendo esas comunicaciones mas tiernas, que reclaman una soledad favorable á las expansiones del corazón. En presencia de Ana, del gran Sacerdote y de todos los asistentes, recibe Simeón en sus brazos al Niño bendito. En medio de la multitud de los judíos, atraídos por su predicación, bautiza Juan en las aguas del Jordán á Jesucristo nuestro Señor. Magdalena tiene por testigos de sus amorosas caricias, á todos los convidados que la examinan y la juzgan. Y el mismo San Juan Evangelista ve también á su alrededor cuando descansa sobre el pecho del Maestro, á los Apóstoles y á Judas el traidor. ¡Oh! ¡cuánto desearía cada uno de los santos que acabamos de nombrar, apartar lejos de sí á esta multitud algunas veces incómoda y ruidosa para atraer á sí *toda* la atención, *todas* las miradas, y *todos* los beneficios, encontrándose en el silencio y léjos del mundo á solas con Jesús.

Esta gracia admirable la ha recibido nuestro Patriarca: y no por un instante rápido, sino durante todos los años que pasó al lado de Jesús en Nazaret. Indudablemente, la piadosa Familia, enemiga de los ruidos del mundo, y profundamente extraña á todas las agitaciones de los hijos del siglo, no salía por su gusto de este santo retiro, en el que la humildad la ocultaba á los complots de los malos, como á las miradas de los envidiosos. Sin duda que José, tenía cuidado de no abandonar el cargo que le confiaba el Eterno Padre; y si algunas veces se veía obligado á dejar por un corto tiempo su humilde techo, volvía á entrar bien pronto, á fin de velar sobre su Hijo y su Esposa. Asi es que por un privilegio singular, el dichoso Padre tenía el *derecho* y el *deber* de pasar largas horas y largos días á solas con Jesús.

Decimos *á solas*, porque la Virgen Maria no era un obstáculo para esas comunicaciones inefables, en que el Hijo se complacía en derramar en el alma de su Padre, los tesoros de luz y de amor, de que la simplicidad de José le hacía tan digno. Lo que molesta penosamente á dos amigos que conversan juntos, es la presencia de un *indiferente*, que se interpone como una masa inerte para sepa-

rar dos corazones que se aman; ó la presencia ininteligente de una *alma fria*, incapaz de comprender las emociones piadosas y los sagrados entusiasmos. Mas ¿cómo habría impedido la presencia de la Virgen amantísima, las suaves expansiones de Jesús y de José? Por el contrario, esta Madre del hermoso Amor, empleaba su poder en disponer el alma de José á las comunicaciones divinas, y por consiguiente, á estrechar á su Esposo y á su Hijo en la mas penetrante intimidad.

¡Feliz el hombre privilegiado, feliz el santo, que pudiera por un favor singular conocer alguna cosa de esas conferencias sagradas, en las que al alma del Verbo Encarnado dejaba descender la abundancia de sus gracias sobre el alma de José, santamente sedienta! ¡Feliz el hombre privilegiado que recibiera la gracia de escuchar estas dos voces amigas, en sus conversaciones sagradas, en sus puras expansiones! Y ¡feliz también el que pudiera transmitir á sus hermanos alguna cosa de esos grandes secretos, y que supiera, en medio de la esterilidad y del orgulloso endurecimiento del siglo, repetir algunas de esas palabras celestiales, todas llenas de humildad, de dulzura y de sacrificio. En cuanto á nosotros, que no tenemos, ¡ay! el alma bastante pura, no

podemos hacer mas que pasar, y continuar, apresurándonos, nuestro camino!

Si ahora se nos pregunta cuáles son entre los Misterios del Señor, aquellos cuya entrada nos abre mas particularmente José, responderemos que él no conduce *principalmente* á los misterios dolorosos que se cumplen en el Pretorio de Pilato y sobre la montaña del Calvario; ni tampoco á los misterios gloriosos del Tabor, de la Resurrección y de la Ascensión triunfante: sino mas bien á los misterios gozosos del Nacimiento en Belén, de la Presentación en el Templo, de la huida á Egipto y de la mansión en Nazaret. Señor San José no vió al Señor crucificado por nuestros crímenes: ni lo ha contemplado resucitado y vencedor de la muerte y del sepulcro: pero durante muchos años, vivió al lado de Jesús Niño, de Jesús adolescente y joven, de Jesús silencioso y oculto en humilde retiro: José nos enseña lo que ha practicado más, y nos enseña á venerar dignamente la infancia y el largo silencio de Jesús.

Dignáos, pues, oh venerable Patriarca, abrírnos en fin, la entrada de esos Misterios amables entre los cuales ha trascurrido toda vuestra vida. No somos dignos todavía de contemplar las glorias insostenibles que bri-

llan en torno de Jesús resucitado y próximo á subir al cielo á la diestra de Dios su Padre: estas meditaciones sublimes convienen á aquellos que por medio de largos combates han destruido el pecado en sus almas; á aquellos que, *muertos ya, no viven más que para Dios solo.* (1) Tampoco tenemos el grande valor que necesitamos para asistir dignamente á los misterios dolorosos del Calvario, y para cumplir generosamente en nosotros lo que *falta á la Pasión de Jesucristo:* (2) aun no sabemos amar efectivamente la amarga dulzura del sufrimiento, y la cruz parece pesada á nuestras cobardes espaldas. Venid pues, en nuestra ayuda, ¡oh bondadoso José! abrid á nuestras miradas esos tesoros de la infancia y de la vida oculta del Señor en Nazaret. Introducidnos en esas regiones privilegiadas que no tienen el esplendor de la vida resucitada, ni la amargura de la vida crucificada, pero que se presentan ante nosotros como una tierra bendita en la cual podremos descansar y progresar sin cansancio, hasta que estemos afirmados en la virtud.

(1) Quod enim mortuus est peccato, mortus est semel; quod autem vivit, vivit Deo. (Rom., VI).

(2) Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi. (Col., I).

Jesucristo no ha comenzado, como sabemos, por las glorias de su Resurrección ó de esa Ascensión que la Iglesia llama *admirable*. (1) No ha comenzado tampoco por los sufrimientos que marcaron cada uno de los instantes de su Pasión. Sino que quiso comenzar por las vías menos brillantes y menos crueles por las cuales trascurrieron su infancia y su juventud hasta la edad de treinta años. Nosotros deseamos, ¡oh José! seguir un camino semejante; porque nunca se ha extraviado ninguno en la Iglesia caminando sobre las huellas del Señor. Nosotros deseamos ser admitidos en primer lugar, en los misterios gozosos de esta vida oculta, de la cual solo los ángeles fueron testigos, con vos y la Virgen sagrada. Escuchad pues, nuestra súplica, con la gran bondad que Jesús os ha dado, y conducidnos en esos países bienaventurados cuyos caminos os son tan conocidos.

Con vos contemplaremos al Divino Niño en el establo abandonado que escogió para el lugar de su nacimiento. ¡Cuánta gracia está derramada en sus labios! ¡Qué majestad en

(1) Per admirabilem Ascensionem tuam. (*In Litanis Sanctorum.*)

su sonrisa! ¡Qué tierna gravedad en su mirada y en su apostura! ¡Oh prodigio divino! ¡El Verbo de Dios parece no saber hablar aún, y se encierra humildemente en el secreto de un largo silencio! Aquel que lleva al mundo por la virtud de su poder, es llevado por una Virgen, como incapaz de formar sus primeros pasos! ¡Aquel que alimenta á toda criatura tiene necesidad de una poca de leche para sostener su existencia! ¡Aquel que reconoce por Padre á Jehová, el Dios Altísimo, se escoge una Madre entre las hijas de nuestra humanidad decaída! ¿Quién podrá reverenciarlos como conviene, si vos, ¡oh José! no estuviéseis con nosotros para guiarnos é instruirnos?

Con vos, ¡oh Protector nuestro! contemplaremos al Niño Jesús, en esa edad tan amable en que la primera inmovilidad de la infancia acaba de dar lugar á las claridades que hace lucir la razón. Los hijos de nuestras hermanas y de nuestras madres parecen ya tan llenos de encantos en esa época graciosa que comienza á aclararse bajo las iluminaciones del pensamiento, y que no obstante, todavía no conoce las tristes heridas del pecado. Si los hijos de una madre pecadora, y concebi-

dos ellos mismos en la lepra de la culpa original, nos parecen tan puros en la edad de esta primera inocencia; si sus ojos son tan lípidos, su andar tan encantador, su sonrisa tan cándida, ¿cuál no debía ser en esta época bendita la amabilidad del Santo Niño cuando sonreía á José y á su Madre, cuando se dignaba instruirlos por las comunicaciones de su ciencia precoz, y cuando, arrodillándose modestamente, y levantando sus hermosos ojos al cielo, preludiaba la oración que un poco mas tarde debía enseñar á sus discípulos: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo?»

Y sin embargo, la infancia no es ciertamente la edad mas hermosa de esta vida que Dios nos dá. La infancia es como un botón en el cual la flor entera con todas sus riquezas se encuentra misteriosamente contenida, pero cuyas hojas replegadas no manifiestan sino vagamente su belleza y sus esplendores futuros. La adolescencia por el contrario, es el velo arrancado, es la flor abierta, adornada con los colores mas brillantes y enriquecida con los mas suaves perfumes. ¡Feliz el que pudiera por un favor singular, contemplar á

Jesús adolescente, en esa edad en que las gracias de la infancia comienzan á mezclarse al fuego ardiente que el amor nuevamente despertado hace surgir en el fondo del alma! Dignaos obtenernos este favor, ¡oh glorioso Patriarca! Y que por vuestra amable asistencia, séamos admitidos á conocer á Jesús el Hijo divino de vuestra Esposa, en los días en que la juventud recientemente comenzada le adorna con un esplendor tan hechicero.

Finalmente, dignaos también llevarnos á sus piés adorables, cuando la adolescencia ha pasado, y que la juventud plenamente desarrollada, se prepara á dar lugar á la madurez que conviene al hombre formado. Vos habeis contemplado á Jesucristo en el pleno vigor de la edad, pocos años antes de esos días en que el celo de la causa del Señor iba á obligarle á aparecer en medio de los hombres para anunciar y predicar su Evangelio.. Dignaos manifestarnos la majestuosa gravedad de su voz, el poder de su mirada, la autoridad de su semblante, la serenidad de su persona, en una palabra, la *Divinidad*, que se descubría al través de todos sus movimientos y de todos sus actos. Dignaos introducirnos á su presencia, para que podamos recoger de sus labios las primicias de esa doctrina que va á

conducirle al Calvario, y las primeras iluminaciones de su divina enseñanza!

¡Oh José! ¡feliz discípulo, dichoso amigo y dichoso padre! Vos sabeis las suavidades que están ocultas en la contemplación silenciosa de esos misterios adorables! Sabeis cómo la presencia del dulce Jesús en su primera infancia, en su adolescencia, en su juventud y en su virilidad, arroja poderosamente léjos de nosotros toda la pompa y todo el orgullo del siglo! Sabeis que en esa sociedad silenciosa, se cicatrizan y curan las terribles llagas de nuestros pecados; y que nuestra alma herida, vuelve á encontrar allí el vigor de la salud. Sabeis que Jesús derrama largamente en su derredor esos perfumes que arrebatan á la Esposa de los sagrados Cánticos; y que en nuestros días, lo mismo que en otro tiempo, *una sola mirada de sus ojos divinos basta para hacer volar el alma* (1) sobre la cual comienza á fijarlos! Introducidnos, pues, por piedad, en la mansión bendita en donde por tanto tiempo fué Jesús vuestro consuelo, vuestra fuerza y vuestra vida, á fin de que podamos

(1) *Averte oculos tuos a me, quia ipse me avolare fecerunt.* (Cant., VI).

decir como vos y con vos: *Hæc requies mea in sæculum sæculi. Hic habitabo quoniam elegeri eam.* (1)

Muchas veces hemos oido decir que la hermosura de un adolescente ó de un hombre, arrebatara los corazones mas egoistas y los sujeta duramente por la gran fuerza del amor. ¿Qué será pues, si pudiésemos contemplar, con los ojos del alma ilustrada por la fé, la hermosura de Jesucristo?

CAPITULO XIII.

De cómo el glorioso Señor San José es Patrón de todos los cristianos.

CUÁN innumerables son los clientes que hemos puesto hasta ahora bajo la protección de nuestro venerable Patriarca! Ya lo hemos dicho, y no tenemos de ninguna manera intención de retractar nuestras palabras: José es Patrón de los esposos, de los padres, de las vírgenes y de los sacerdotes, de los artesanos, de las almas de oración, de las almas humildes, de los moribundos, de los siervos de María y de los amigos de Jesucristo. Cuán con-

(1) *Psalm., CXXXI.*